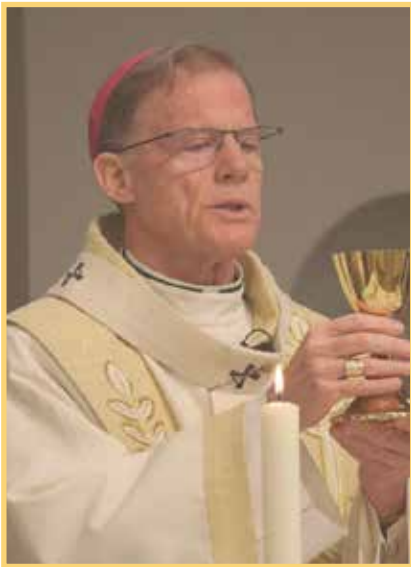


Permanecer en Cristo

Carguemos nuestra cruz



Arzobispo John C. Wester

En 1978, el Dr. M. Scott Peck publicó un libro que llegó a tener un resonado éxito: *The Road Less Traveled* [El camino menos transitado]. Nunca olvidaré la primera frase, que constaba de sólo tres palabras: "La vida es difícil". En su obra, él continúa explicando las diversas neurosis que desarrollamos para evitar esa verdad básica, en lugar de aceptar que nuestro sufrimiento es una parte necesaria de nuestro crecimiento. No es fácil contemplar las dificultades de la vida de esta manera. Nuestra sociedad y los omnipresentes anuncios publicitarios nos bombardean a diario con el firme propósito de convencernos de que el sufrimiento y el dolor son el enemigo y que son condiciones que debemos evitar y erradicar a toda costa. Hay personas que cada año gastan miles de millones de dólares en productos farmacéuticos para aliviar el dolor y optan por medicarse a sí mismas, generalmente mediante bebidas alcohólicas y drogas ilícitas. A pesar de este mensaje y de nuestra reacción hacia él, el Dr. Peck sostiene que el dolor no es el enemigo. De hecho, el dolor y el sufrimiento no son ni buenos ni malos, sino que simplemente son parte de nuestra existencia. Hay momentos en que el dolor no es bueno para nosotros y debemos procurar atenuarlo, si fuese posible, aliviarlo. Hay otras veces en que

el dolor y el sufrimiento forman parte del proceso de crecimiento y podemos considerarlos como algo muy beneficioso. De hecho, como cristianos creemos en el sufrimiento redentor que procede de nuestra rendición al llamado de Cristo. Lo difícil es tener la prudencia para determinar la diferencia entre el sufrimiento beneficioso que conduce a una nueva vida y el sufrimiento innecesario que carece de valor redentor.

Durante esta Cuaresma muchos de nosotros hemos estado haciendo alguna forma de penitencia para recordarnos a nosotros mismos que, a través de nuestro bautismo, hemos sido hechos uno con Cristo en Su sufrimiento, muerte y resurrección. Unidos a Cristo, tenemos la oportunidad de darnos a Dios y a los demás a fin de abrazar una nueva vida. Unida a la cruz de Cristo, la cruz individual que cada uno carga conduce a una unión más profunda con nuestro Señor a medida que Él se va convirtiendo, cada vez más, en el centro de nuestra existencia, trayéndonos nueva vida como sólo Él puede hacerlo. No es fácil "sufrir" esta pérdida de sí mismo por el bien del otro, pero es un camino que vale la pena seguir. Es contrario a la intuición, pero cierto: cuanto más damos de nosotros mismos, más ricos nos volvemos y más plenamente vivos nos sentimos. Como Jesús prometió: "El que procure salvar su vida, la perderá, y el que sacrifique su vida por mí, la hallará". (Mateo 10, 39)

¿Cómo se manifiesta todo esto en la vida cotidiana? Aunque hay muchas maneras de ver este misterio, yo lo analizo así: el sufrimiento tiene el potencial de enfrentarnos cara a cara con la realidad de que necesitamos a Dios en nuestra vida. Cuando las cosas van bien y estoy disfrutando de un gran éxito, es muy fácil para mí pensar que soy dueño de la situación. Invasión por mi propio ego, se me dificulta aceptar a Cristo en mi vida. El sufrimiento, por otro lado, despeja un espacio en mi interior para que Cristo pueda llegar a mí. Leonard Cohen, en su famosa canción, Anthem [Himno], se refiere a esto como la grieta que deja entrar la luz. Su estribillo lo dice así:

Toca las campanas que aún puedan sonar
Olvídate de tu perfecta ofrenda
En todas las cosas hay una grieta

Una grieta que le da paso a la luz (que le da paso a la luz, que le da paso a la luz)

A medida que nos percatamos de que dependemos de Dios y de que no podemos evitar el sufrimiento, van creciendo nuestra humildad y nuestra capacidad de despejar en nuestro interior un espacio para el Señor. Nuestro siguiente paso es rendirnos a la gracia y al amor de Cristo, permitiéndole que nos guíe hacia una nueva vida. Nuestra fe nos enseña que la cruz siempre lleva a la persona de fe hacia la resurrección. Esto implica confiar profundamente en Jesús, quien es el dador de todos los dones que recibimos y quien siempre nos conducirá a una nueva vida si lo acogemos en nuestro interior y le permitimos que nos muestre el camino. Ni siquiera la muerte puede frustrar el poder que Cristo tiene en nuestra vida porque Jesús conquistó la muerte de una vez por todas en su resurrección. No es fácil cargar con nuestra cruz. Quizás la cruz más pesada de todas sea lograr que disminuya nuestro ego, o como lo dijo san Juan Bautista: de modo que nosotros disminuyamos y que Cristo crezca en nosotros.

Cuando nos negamos a cargar nuestra cruz y seguir a Cristo, es decir, cuando buscamos evitar o aliviar el sufrimiento, entonces inevitablemente dejamos de crecer y perdemos la oportunidad de emprender una nueva vida. Con frecuencia, nuestros intentos de evitar el sufrimiento empujamos la vida y, en algunos casos, la destruyen. Como ejemplo práctico, supongamos que me despierto con dolor de cabeza. Podría tomar unas pastillas y librarme del dolor. O bien, puedo "cargar mi cruz" y abrazar el sufrimiento, o sea, el dolor que siento en la cabeza y precisar hacia dónde me está conduciendo. Si le presto atención a mi cuerpo tal vez llegue a la conclusión de que debo beber menos o comer menos o evitar el estrés en mi vida, logrando así un mejor estado de salud a largo plazo. Esta "nueva vida" sólo llega cuando he cargado la cruz del sufrimiento y no cuando me he insensibilizado ante ella. Me he puesto a pensar sobre el tema con relación a la más reciente sesión legislativa que tuvo lugar en Santa Fe. En el caso del proyecto de ley de suicidio asistido (HB 90), el Sr. Allen Sánchez, Director Ejecutivo de la Conferencia

Su misericordia perdura para siempre

de Obispos Católicos de Nuevo México, comentó acertadamente que mediante la citada ley se proponía suprimir el sufrimiento eliminando a quien lo estuviese padeciendo. En otro proyecto de ley (HB51) se buscaba eliminar las dificultades causadas por un embarazo no deseado deshaciéndose de la vida dentro del útero. En otras palabras, muy a menudo en nuestra sociedad, no cargar una cruz determinada nos lleva a la muerte, mientras que si cargamos nuestra cruz encontraremos una nueva vida. El proceso de la muerte no es fácil. No obstante, el paciente desahuciado realmente puede intensificar el deseo de vivir y profundizar la esperanza internamente mientras busca el perdón de los pecados cometidos en el pasado, se esfuerza por sanar las relaciones rotas y se acerca más a Cristo al permanecer abierto a la gracia de Dios durante este proceso sagrado. En el caso del proyecto de ley sobre el aborto, el nacimiento de una criatura obviamente encierra una nueva vida. Asimismo, propicia una nueva vida en el interior de la mujer y de su pareja cuando asumen la responsabilidad de traer una nueva vida al mundo. De ese modo se convierten en mejores personas al sacrificar su propia conveniencia por el bien de otro ser humano.

No hay duda de que se trata de cuestiones muy complejas y difíciles entre tantas otras a las que debemos enfrentarnos en la vida. Ese era el punto del Dr. Peck: la vida es difícil. Pero el punto de Cristo es que si cargamos nuestra cruz, Él estará apoyándonos durante todo el proceso y su gracia, su amor y su misericordia nos respaldarán y nos traerán nueva vida. A la larga, nuestra cruz finalmente nos llevará a la vida eterna donde seremos uno con Él por siempre en el cielo. Un poeta de la antigüedad, que por cierto no era cristiano, lo expresó de la siguiente manera: "Incluso en el sueño, el dolor que no puede olvidar cae gota a gota sobre el corazón, hasta que, en nuestra desesperación y contra nuestra voluntad, viene la sabiduría por la imponente gracia de Dios" (Esquilo). Según la Sagrada Escritura, Jesucristo es esa "sabiduría" personificada.

Dietrich Bonhoeffer, un valiente pastor luterano cuya voz profética lo llevó a su muerte a manos de los nazis, escribió que no existe tal cosa como la gracia a bajo costo. Escribió que "la gracia a bajo costo es gracia sin discipulado, gracia sin cruz, gracia sin Jesucristo, vivo y encarnado". Hizo un contraste entre esto y la gracia costosa que, sobre todo, "... es gracia porque Dios no consideró a su Hijo como un precio demasiado caro para pagar por nuestra vida, sino que lo entregó por nosotros. La gracia costosa es la Encarnación de Dios". En efecto, incluso la gracia es difícil, pero el precio vale la pena, sobre todo cuando se considera que aquí no tenemos un asentamiento duradero. Nuestro destino pertenece a la plenitud del Reino donde seremos uno con Cristo para siempre.

Al celebrar la Pascua de Resurrección de Cristo este año, ruego que las dificultades de la vida nos lleven a todos a una vida nueva y que nuestra celebración de la Resurrección de Cristo de entre los muertos haga que las cruces de la vida sean más fáciles de soportar, por muy difíciles que sean. ¡Que Dios los bendiga a todos en esta Pascua y siempre!

Sinceramente suyo en el Señor,

+ John C. Wester

Arzobispo John C. Wester

(Traducción por Anelle Lobos)